

Lo que pasó con el duende Danielito

Oswaldo Reyes



Toda historia tiene dos lados. Cada uno es mentira o verdad, según quién la cuente.

Papá Noel solía relatar su versión de los hechos a la luz de una cómoda chimenea, rodeado de sus duendes y con una taza de chocolate caliente en la mano.

—Hace mucho tiempo, cuando los juguetes eran más sencillos de hacer, tuve un asistente llamado Danielito. Era el duende más habilidoso que he conocido. Tenía su propia

cuadrilla y el respeto de todos. Eso fue hasta que conoció a Fernando.

La mención del nombre provocó escalofríos entre los oyentes. Papá Noel sonrió ante la reacción.

—No hay que temer, muchachos. Fernando murió hace mucho tiempo.

Eso pareció calmarlos a todos. Papá Noel tomó un sorbo de su chocolate y siguió con la historia.

—¿Por dónde iba? Cierto, Fernando Callejas era un niño muy malo. No les hacía caso a sus padres y no estudiaba. Cosas malas que hacían que terminara en mi lista de los mal portados. En esa época, estar allí tenía sus consecuencias.

—¡Carbón! —gritaron todos—. Mucho carbón.

—Exacto. Lo raro era que, a pesar de eso, Fernando no cambiaba. Año tras año se portaba igual y Danielito hizo algo que no debió hacer.

—¿Es verdad que Fernando lo corrompió? —preguntó uno de los duendes más pequeños.

—Sí, lamento decir que así fue. Se acercó a Fernando para ver por qué no quería portarse mejor. Pensó que, si lograba averiguarlo, podría hacer un juguete que lo hiciera cambiar. Danielito rompió las reglas y se acercó al niño.

Una inhalación ahogada de la audiencia. Santa sacudió la cabeza con tristeza.

—Sí. Ese fue el principio del fin. Danielito decidió que no había mejor forma de saber que pasaba que hablar con él. Empezaron a conversar y, para la siguiente Navidad, Danielito se me acercó para pedirme que pusiera a Fernando en la lista de regalos. Lo sé, lo sé. No había razón para hacerlo. Su maldad corrompió a Danielito y lo volvió su esclavo.

Papá Noel se llevó la taza al rostro, como si quisiera que el olor y el calor de la taza alejaran a los fantasmas del pasado.

—No había precedente para sus acciones. Rompió todas las reglas y puso en peligro a toda la Navidad. No me gustó hacer lo que hice, pero no había más remedio. Le dije que no, que Fernando seguiría recibiendo carbón hasta que aprendiera a hacer caso y lo desterré del taller. Para siempre.

Al bajar la mirada, vio comprensión en todos sus duendes. Sabían que las reglas tenían que cumplirse.

—Hiciste bien, Papá —dijo el pequeño duende—. Siempre has hecho lo correcto y por eso los niños son felices en Navidad. Gracias a ti.

El hombre sonrió por encima de su poblada barba, satisfecho de recordarles el precio de romper las reglas. Cada vez era más difícil, con las nuevas generaciones de duendes, pero mientras supieran del niño que logró corromper a uno de ellos, harían caso.

—¿Y por eso ya no les damos carbón a los mal portados? —preguntó otro duende.

—Ese es un cuento para otro día —respondió Papá Noel.

Danielito cuenta la historia de una manera diferente. No tiene congregaciones de oyentes cuando lo hace. Por lo general, son solo dos o tres personas, pero son todas las que importan.

Fernando llevaba enterrado muchas décadas, pero su legado era conservado por sus palabras, que eran pasadas de generación en generación, en un pequeño cuarto donde todavía trabajaba y hacía juguetes para la familia Callejas. Su relato siempre empezaba con el día que se atrevió a hablarle. La Navidad que lo vio abrir el saco de carbón y sonreír como si fuera el mejor regalo del mundo.

—Si te portaras bien —le dijo al ver su reacción—recibirías un regalo más bonito.

Fernando giró la cabeza. La sonrisa aun en su rostro.

—Define “portarme bien”.

—Hacerles caso a tus padres. Hacer tus tareas en la escuela.

—Ya veo —dijo. Cerró el saco y lo arrastró fuera de la casa. A una cueva cercana que solo él conocía. Cuando Danielito entró, se quedó sin palabras.

Saco tras saco de carbón. Los que había recibido por más de ocho años.

—Si Papá Noel me sigue mandando carbón, en un par de años podré vender todo esto y hacerme con suficiente dinero para irme de aquí.

—¿Irte? ¿A dónde?

Fernando miró al exterior y suspiró.

—A dónde sea, con tal de que sea lejos de aquí.

Danielito no respondió, pero empezó a vigilar a Fernando. Su padre pasaba todo el día borracho y cuando le ordenaba que fuera al pueblo a buscarle una botella, Fernando lo ignoraba. Su madre salía todas las noches, con hombres diferentes y el dinero que le daban, lo usaba en ella.

Fernando trataba de hacer sus tareas en la escuela, pero estaba tan cansado y hambriento, que se dormía en clases. Sus maestros lo regañaban y le ponían más tareas.

Para la siguiente Navidad, trató de convencer a su jefe, pero Papá Noel no quería escuchar razones. Obedecer a los padres y hacer las tareas eran reglas inviolables. Cuando lo desterró, Danielito hizo lo único que podía hacer.

—Tu padre —le dijo al descendiente de Fernando Callejas—vendió el carbón al llegar a la mayoría de edad. Yo hacía juguetes, que él vendía a comerciantes de otros pueblos. En poco tiempo tenía una pequeña fortuna y compró un terreno que a nadie le interesaba. Uno donde estaba la cueva de carbón de Papá Noel. Sin acceso a ella, dejó de repartir carbón a los mal portados y tu padre hizo el imperio que tu proteges ahora.

El niño asintió, admirado por las palabras del duende. Al mirar por encima de su hombro, el logo de la compañía de su padre tomó un nuevo significado.

Un pedazo de carbón tallado como un copo de nieve. Arriba, en letras negras, el nombre de la empresa.

Fernando y Danielito – Carboneros asociados.